

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 24 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Administración. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Tres meses. 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.
 Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

A NUESTROS SUSCRITORES

Al entrar GIL BLAS en el segundo año de la *segunda época*, cumple con un grato deber dando públicamente las gracias á los constantes suscritores que le han seguido en su época de infortunio como en su época de prosperidad.

No hemos podido hacer más por complacerles, y nosotros, que estamos acostumbrados á decir la verdad sin rodeos, confesamos que nuestros esfuerzos serán insuficientes; pero al mismo tiempo confiamos en que sabrán apreciar las circunstancias y las condiciones de esta clase de periódicos.

Hemos procurado siempre que esta publicación se haga con los elementos que hay en nuestra patria. Nuestros dibujos, grabados, litografías y relieves están hechos en España y por artistas españoles.

En lo sucesivo continuaremos dándole toda la amabilidad posible, juntamente con las mejoras que juzguemos necesarias y sean compatibles con nuestro bolsillo. No tenemos por costumbre ofrecer más de lo que podamos cumplir con exactitud. Así, pues, cuando lo juzguemos oportuno volveremos á entrar en el terreno de la política.

Reciban nuestros suscritores un apretón de mano y las más expresivas gracias por su constante apoyo.

LO QUE CORRE POR AHÍ

¡El manifiesto de D. Juan Prim!

Este es el motivo obligado de la prensa política. Como si no supiéramos la historia de D. Juan, mis apreciables colegas, con caridad poco comun, se han entretenido en relatárnosla á grandes rasgos y á no pequeños rasguños.

Ni podemos ni queremos dar nuestra opinion sobre el manifiesto, y únicamente lo nombramos para cumplir con el deber de cronistas y con el título de este artículo.

¿Qué es lo que corre por ahí?

El manifiesto de D. Juan Prim, publicado primero por la prensa francesa, copiado por la española, llevado al último rincón de la Península y de América, y comentado por los lectores segun el temperamento de cada uno.

Ayer fué la carta de monseñor Dupanloup al ministro Ratazzi, hoy el manifiesto de D. Juan Prim, mañana será acaso un discurso de Bismark lo que consiga fijar la atención del mundo. Es decir, que lo más seguro para ser oído es hablar de la guerra.

Yo seré feliz el día que alcance el mismo éxito un escrito científico.

Y no digo más.

Hasta cierto punto estoy satisfecho del mes de setiembre. Me ha abierto los teatros, me ha traído la feria y me ha curado unos dolores de padre y muy señor mío.

A propósito de dolores, me creo en el deber de decir algo sobre la medicina, por la misma razon que entiendo poco de ella.

No hace muchos días apareció en las columnas de este periódico un artículo firmado por nuestro apreciable colaborador el Sr. Hernando, titulado: *Alópatas y Homeópatas*.

Al publicarlo hicimos una salvedad, la de dejar toda la responsabilidad de sus apreciaciones al Sr. Hernando, porque el artículo daba á entender claramente que la homeopatía era una broma, un poquito de agua con azúcar, como quien dice, la zarzuela de la ciencia.

¡Y vean Vds. lo que son los contrastes! Mientras se publicaba aquel artículo, yo recurría á la homeopatía, cansado de los impertinentes, continuos y repugnantes remedios de la alopatía.

Yo daba notas agudas de dolor, y si no ponía el grito en el cielo era porque no alcanzaba, que la intención era buena.

Llegó, pues, el médico homeópata.

—¿Qué tiene Vd.? me dijo muy risueño.

—¡Mire Vd.! le contesté yo, y le dije lo que tenía.

—Está bien.

—¡No, está mal!

—A eso voy...

Me miró, me observó, pidió un vaso con agua, echó en él unos globulillos, y me recomendó que tomase cada cuatro horas una cucharada de aquella *aguíta*.

—¡Y la tomé, y me puse mejor, y despues mejor, y hoy bueno! Y aquí estoy.

Ahora, amables suscritores, os permito que os riais de la homeopatía y de mí; os lo permito de buena gana, porque yo tambien me rio de que una cucharada de agua sin color, olor ni sabor, haya calmado mis horribles padecimientos, padecimientos no imaginarios, sino palpables,—y muy palpables.

En el artículo del Sr. Hernando se dice que la homeopatía es la medicina de los ricos; por el contrario, creo que es la de los pobres:—ahorra botica, y lumbré, y asistencia.

¿Pero es razonable que una cucharadita de agua clara produzca efecto alguno en la economía animal (hablo de la mia)?

Lo ignoro: un médico de Santiago acaba de probar en un folleto la realidad de la dosis infinitesimal.

Creedme, no tengo predilección por este ó el otro sistema; no soy de esos á quienes salva la fé. Si mañana me diese chasco la homeopatía, recurriría gustoso á su enemiga, sin remordimiento, sin humillacion y sin odio.

Pero mi conciencia de enfermo honrado me inspira hoy esta prudente reparacion. Donde tanto mal se ha dicho de la homeopatía, permitido le será á una dolencia agradecida hacer pública ostentacion de salud, deseando, á pesar de todo, que Dios le libre en lo sucesivo de pruebas semejantes.

Luis Rivera.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

BARBIERI.

¡Cosa extraña! Barbieri, que es un gran músico, nació en la calle del Sordo, lo que prueba que la Providencia se permite de cuando en cuando algunos ratos de buen humor.

Nada más pintoresco ni más original que la vida y milagros de este inspirado compositor, á quien últimamente habeis visto capitaneando un ejército de músicos, y á quien admirais siempre porque es subyugador el prestigio de su talento.

¡Acaso no habeis aplaudido sus cuarenta y dos zarzuelas, sus millares de piezas cantables, tocables y bailables? Lo que yo voy á referiros de él os agrada más, porque mi vida y la de mis compadres Guzman de Alfarache y Perico del Campo se quedan en mantillas al lado de la suya.

¡Qué poco os figurais cuando le veis con la *batuta* entrar los episodios de su historia! Pero si los supiérais... —¡A ver... á ver...?

—Tendría que ser á grandes rasgos, porque de lo contrario llenaria mis doce columnas y aun me quedaria corto.

—Si no es posible de otro modo...

—Pues como iba diciendo, en cuarenta y cuatro años ha sido lo siguiente: diablillo, lego en un convento, estudiante de medicina, aprendiz de ingeniero, alumno del Conservatorio, corista, partiquino, director de orquesta, apuntador, ordenando tocado de la cabeza, contrabandista durante una hora, buhonero ó poco menos, director de un liceo, secretario de otro, músico militar, nacional movilizado, empresario, periodista, poeta, erudito, compositor, generalísimo de orquesta, y acá para entre nosotros, sin que él lo entienda, asiduo adorador del bello sexo.

¿Me parece que esto es algo?

Niño aun, pierde á su padre; pasa á poder de su abuelo, alcaide á la sazón del teatro de la Cruz; el buen señor se obstina en llevarle á las Cuarenta Horas, pero el rapaz prefiere la botillería de Canosa; el abuelo le envía á un convento en Santa Cruz de la Zarza, y allí pasa tres años.

Pero el convento no entra en él.

Vuelve á Madrid, y estudia humanidades con los jesuitas. Su profesor de retórica y poética se llama don Santiago; llega su día, y todos los discípulos se aprestan á disparar contra él, por tan plausible motivo, églogas, silvas, décimas, etc.

Barbieri le dedica un romance, y en esta obra empieza á bosquejarse su carácter. Figúrase el poeta que cada santo gobierna un día el cielo y que hay entre los ciento sesenta y cinco del año uno para el que falta gobernador. Todos quieren serlo y se arma una tremolina espantosa. San Lorenzo empuña las trévedes, San Juan enristra la bandera, San Marcos suelta el toro; en fin, es tan grande el jaleo, que ninguno se entiende. Pero llega Santiago en su caballo blanco, blande la espada y se apropia el gobierno.

Este era el asunto del romance, que al leerse produjo un alboroto en el convento, lo que no fué un obstáculo para que lo leyesen de oculto todas las comunidades religiosas de Madrid.

Termina los estudios elementales, y resuelve ser médico. Apenas entra en San Carlos se da á conocer.

Habia dos clases de alumnos: los cirujanos á secas y los médicos. A los primeros llamaban los segundos *lanceros de á pié* y estos á aquellos *latinos*.

Unos y otros eran enemigos irreconciliables, pero aun no habian reñido ninguna batalla.

Barbieri llega y la plantea.

—Vamos al Rastro, dice á uno de sus compañeros.

—¿Para qué?

—Para comprar la tea de la discordia.

Esta vez tomó la consabida tea la forma de un par de navajas de afeitar, las más melladas, y una vacía de hoja de lata.

Colócalas el estudiante encima de la puerta de la clase formando un escudo; lo ven los *lanceros*, aspiran á vengarse de los *latinos*, se sacuden el polvo en los claustros, y *El Eco del Comercio* se ocupa en sus columnas de este alboroto para condenarlo.

Un enemigo comun une á los adversarios: *lanceros* y *latinos* van á la redaccion del periódico, apedrean la casa, rompen los cristales y la fuerza armada tiene que dispersarlos.

Pero la disección le da asco, y se resuelve á ser ingeniero. Poco despues se cansa, y arrostra los furros patnales.

—¡Quiero ser músico! exclama.

Y despues de recibir una solfa de su padrastró, se dedica al solfeo.

El porvenir es suyo; pero las vicisitudes le alejan de

su familia, se queda en Madrid solo con nueve reales diarios que debían pagarle; pero la guerra civil arreciaba, y el gobierno se contentaba con debérselos.

Esto no le intimida: sus banquetes diarios se reducen á seis cuartos de callos en la Cava baja, ó un pucherete de dos reales en la célebre taberna de la calle de Silva.

Su maestro Carnicer le proporciona once reales diarios en los coros del Circo: es el penúltimo en la lista, pero dos días despues es el primero. Subyuga á sus compañeros, capitanea los motines contra el empresario porque no paga, se agita, lo revuelve todo, y niño aun se porta como un hombre.

Villó le contrata de apuntador y partiquino; recorre las provincias del Norte, vive con los coristas, va á la plaza á comprar cuando le toca el turno, y al terminar la temporada, él y sus compañeros se encuentran en Bilbao sin un cuarto, y tienen que volver á Madrid.

—Vamos á pié, dice Barbieri.

—Andando, exclaman los coristas.

El futuro maestro posee un gorro negro de algodón; se lo encasqueta, y con una levita y unas alpargatas completa su traje.

El coro se convierte en una estudiantina.

—¿Quién es ese del gorro? preguntan en los pueblos los que los ven pasar.

—Un pobre jóven que acaba de ordenarse, dicen sus camaradas, pero está un poco tocado.

Los curas de los pueblos se le disputan, los honrados vecinos les abren sus cocinas y sus bolsas: total, despues de quince días de divertirse en grande, llegan á Madrid con quince ó veinte duros cada uno.

Vuelta á los coros de la Cruz: allí el amor flecha al corista y se enamora de un mismo tiempo de una deidad coreográfica y de una corista.

Las dos lo saben, y en una representación del *Guillermo* estalla la guerra entre las dos artistas.

El verano inmediato es contratado de director de orquesta, va á Alicante, y allí, no pudiendo vivir con lo que gana, resuelve suicidarse.

Una mañana sale para Roquetas; el sol le abrasa, la idea de la muerte le sonríe.

—¿Dónde vas por aquí? le dice uno.

Este uno es hijo de un fondista.

—Voy á pasear... responde el músico.

—Entonces vas á hacerme un favor.

—Habla.

—Estamos haciendo un alijo.

—¿Dónde?

—Aquí cerca... vamos á desembarcar unas pipas de rom de la Jamaica... cosa exquisita... Despues las enterraremos, y por la noche á casa. Si nos ayudas te convidó á una panchada esta noche.

Y Barbieri es durante una hora contrabandista.

Al final de la temporada le sucede lo mismo que en Bilbao: para hacer el viaje á Madrid cuenta con doce cuartos.

—A pié, se dice... y lo hace.

En Madrid da lecciones, y pasa á Salamanca á dirigir el Liceo de San Eloy. Vuelve á Madrid, es secretario del Liceo, músico militar, compone marchas y pasos dobles que firma D. Mariano Rodríguez, asiste á las clases del Conservatorio con el uniforme de miliciano, le movilizan y va á los montes de Toledo.

A pesar de sus desventuras, nada doma su espíritu independiente, su carácter enérgico.

Escribe una ópera, entusiasmo entre otras de las piezas un coro, los profesores del Conservatorio lo eligen para ejecutarlo en una función régia, se encarga de dirigir sus ensayos un profesor, que no lo ensaya, sino que lo ejecuta.

Todo está preparado para la fiesta, en los más altos círculos se ha hablado ya del coro, no hay quien no desee oírlo; pero Barbieri recoge sus papeles, se los lleva á su casa, y ni ruegos ni amenazas bastan á disuadirle.

Poco despues consigue que su ópera sea aceptada por una empresa, no tiene más que un ejemplar del libreto, y cuando más falta le hace, desaparece.

Se lo había llevado un cura.

—¿Un cura?

—Sí, un cura que había ido á su casa á formar la matrícula de su familia.

La ópera no se representó por fin; pero Barbieri tenía que cumplir su destino.

Podría añadir cien anécdotas más: me falta espacio.

Su historia desde la fundación de la zarzuela, sus triunfos, su amor al arte, su genio, su actividad, sus profundos conocimientos, su amor al estudio, su asistencia á todas las solemnidades artísticas y literarias son harto conocidas.

Franco, expansivo, enérgico, descarado dentro de la más distinguida educación, tiene entusiastas admiradores y leales amigos.

Más fácil es dominar á un ejército que á una orquesta: los músicos de Barbieri le respetan y le adoran.

Su gabinete de trabajo y dos habitaciones más contiguas son un museo y una biblioteca.

Lo mejor es que este tesoro y cuanto posee lo ha sacado de las notas musicales.

¿Le han visto Vds. alguna vez?

Las mujeres dicen que es muy interesante. Yo no soy voto, pero figurándomele con el traje moruno, destacándose su rostro trigueño, sus ojos de fuego y su barba negra sobre un blanco alquicel y un vistoso turbante, me parece un tipo perfecto de la raza árabe.

La verdad es que, á haber nacido por allá, hubiera sido un gran sultán.

Se me olvidaba decir, y con esto concluyo mi bosquejo, que á cada instante toma rapé.

—¿Qué quieren Vds.? dice á los que le hablan sobre el particular, no puedo negar que he estado en un convento.

Gil Blas.

EQUILIBRIOS

Entre el equilibrio y el reposo, según todos sabemos, existe la misma diferencia que entre ser y no ser.

Cualquier bachiller en artes puede demostrar sencillamente que el reposo absoluto no existe.

No necesito decir á Vds. si será fácil probar hasta la evidencia que la vida humana es una serie no interrumpida de equilibrios.

Véase ahora si puede parecernos extraño que al cabo de tanto tiempo haya llegado el hombre hasta los equilibrios más admirables.

Por lo demás, examinando con algún detenimiento un instante cualquiera de nuestra rápida existencia, solo encontraremos una fuerza que nos solicita en un sentido, y otra de la misma intensidad que nos solicita en sentido contrario.

De aquí la *pereza* de que sin razón se acusa á los españoles, cuando es realmente innata en todos los hijos de Adán, y cuando á la postre es ni más ni menos un fenómeno físico: esto es, un equilibrio involuntario.

Yo, verbi-gracia, —y acudo á mi personalidad porque no encuentro un ejemplo más á la mano; —yo tengo ahora mismo delante de mis ojos un par de documentos notables.

Un discurso leído en la solemne apertura de la Academia española por un literato muy conocido, y un artículo que con el epigrafe *Farsas literarias* publica *La Lealtad*, tomándole de otro periódico.

Estudio el discurso, examino el artículo: vuelvo á estudiar, torno á examinar, y concluyo por no entender ni una cosa ni otra. ¡Agradable situación!

En el artículo de *La Lealtad* se combate, como ustedes pueden presumir, el adelantamiento de nuestro siglo, se ridiculiza la ciencia moderna, se atacan con el sarcasmo y con la ironía el progreso y la civilización, para lo cual el articulista cree muy del caso analizar un discurso leído en setiembre del año pasado por un señor académico.

Ustedes no encontrarán tal vez la relación que existe entre el progreso del género humano y el discurso del académico; pues bien ¡oh, dolor! yo tampoco la encuentro.

De todos modos, y prescindiendo de esta pequeñez, resulta que la Academia fundada por el señor rey don Felipe V no es del agrado de *La Lealtad* ni de los que como este periódico opinan.

Si yo hubiese leído solamente el artículo mencionado, mis reflexiones habrían terminado aquí, y sabríamos unos y otros á qué atenernos.

Pero no ha sucedido de esta manera: á la fuerza que me impulsaba á pensar de un modo había de oponerse fatalmente la fuerza que me obligase á pensar de otro: el equilibrio se había alterado dentro de mi alma, y era preciso restablecerle: vean Vds. lo que ha hecho el discurso del literato á que antes he aludido.

En el seno de esa corporación ridiculizada por los amigos de *La Lealtad* ha resonado una voz, que por muchas razones debe considerarse como el eco fiel de las ideas que allí predominan, y esa voz que se ha escuchado con visibles señales de aprobación ha hecho la apología del monarca que algunos llaman *el gran Felipe II*, y esa voz recibida con aplauso ha dirigido censuras apasionadas al poeta laureado, al cantor de la imprenta, al autor del *Pelayo*, que fué un tal D. Manuel José Quintana.

Con verdadero dolor renuncié á copiar este documento notabilísimo, cuya lectura tengo para mí que sería para vosotros de alguna enseñanza y de no escaso aprovechamiento; pero él es tal, que uno de nuestros colegas, *La Esperanza*, decía refiriéndose al autor: «no ha podido tratar peor á los partidarios de las ideas modernas,» y así es la verdad.

Resumen: los partidarios de las ideas antiguas tratan mal á las Academias por lo que tienen de instituciones nuevas.

Las Academias rechazan las ideas modernas, y en justa reciprocidad son rechazadas á su vez por estas.

Veán Vds. cómo tropezamos siempre en el equilibrio de que antes he hablado: ahí tienen Vds. á la Academia española impasible é inerte sostenida en el aire, como dicen que se halla el sepulcro de Mahoma.

Estúdiense despues de esto su Diccionario, su gramática; analicéense escrupulosamente sus anuales Memorias, y dígame si estas últimas demuestran algo que no sea la prodigiosa inventiva y la fecundidad admirable del académico secretario que con tan distintas formas consigue presentar todos los años el mismo asunto.

El discurso del señor académico, apologista de Felipe II y anatematizador de Quintana, discurso verdaderamente admirable, como llevo dicho, y como afirman también *La Esperanza*, *La Lealtad*, é *tuti quanti* puede presentar á primera vista una pequeña nube que debo apresurarme á desvanecer.

Nada más justo que los elogios tributados al monarca recto, magnánimo, amante de sus gobernados como pocos, generoso con sus enemigos como ninguno, sin par en lo clemente, único en lo bondadoso, grande en su

palabra como rey y virtuoso como hombre, cosas son estas que todos saben, y que solo se atreven á negar hoy algunos envidiosos, *enemigos personales* de esa gran figura.

Nada más justo que los severos cargos fulminados contra un mal llamado poeta, cantor insensato del progreso, que creyó un bien el descubrimiento de la imprenta, y que solo por un error lamentable pudo sentarse un día entre los individuos de la docta corporación.

Pero ¿no encuentran Vds. que falta algo en el discurso? En buen hora que los partidarios locos de las nuevas ideas traten en vano de destruir todo lo existente —que estas son sus tendencias— sin presentar *un algo* que sustituya á las ruinas de la antigüedad.

Esta conducta es muy digna de su ignorancia; pero ¿ha de imitarles en esto un académico de la lengua?

Quintana era hasta hoy un nombre glorioso en nuestra literatura patria. Todos conocíamos sus versos, que nos habían parecido hasta hoy valientes, enérgicos, grandes. El poeta laureado era uno de esos pocos cuyos nombres se escriben con letras de oro en las páginas de la historia; de esos que una generación señala con justificado orgullo á las generaciones que le suceden.

El autor del discurso ha borrado ese nombre de la historia, dejando en blanco una de sus páginas más gloriosas: ha hecho descender al poeta del pedestal eterno en que le habían colocado sus contemporáneos, para presentarle á la admiración de sus hijos y de los hijos de sus hijos.

—Este acto necesita su compensación. Nos priváis de una gloria; dadnos otra, exclaman á una voz todos los amantes de nuestra literatura nacional.

La compensación no aparece así á primera vista; sin embargo, el académico no podía haber dejado su obra incompleta. Esta seguridad me ha hecho profundizar más el discurso, y como aquello de *Quere et invenies* es una gran verdad, he hallado por último lo que buscaba.

La natural modestia del señor académico no le ha permitido desarrollar con claridad todo su pensamiento.

Pero yo, que no tengo los mismos motivos que él para guardar silencio, os voy á decir la verdad.

¿Buscáis una figura que ocupe dignamente el pedestal de que ha descendido Quintana? Pues nada más fácil que encontrarla.

¿Queréis un nombre que sustituya en las páginas de la historia al del celebrado poeta? Pues yo conozco ese nombre.

Elevemos la estatua y escribamos el nombre.

¿Conocéis al académico?... Esa es la estatua. ¿Sabéis cómo se llama?... Ese es el nombre.

Gil Perez.

LOS INVÁLIDOS.

¿Qué tiempos alcanzamos!

Hé aquí un estribillo que hemos aprendido en viernes y que repetimos todos, grandes y chicos, escépticos y creyentes, gentes de pelo en pecho y gentecilla de medio pelo.

Y queda uno muy tranquilo despues de esta bocanada filosófica diciendo: ¡qué ideas tengo!

El hombre que conocemos, el que viste á la europea y quiere fumar á la americana tiene una colección de frases por el estilo.

Las repite como da los buenos días, las gracias ó el cigarro cuando le piden lumbre: maquinalmente.

Estas reflexiones neutralizan un tanto el efecto de la frasecita que hemos aprendido en el código de esa multitud de renegados que declaman contra el siglo.

No voy á batir palmas, ni á entonar una marcha real al paso del tiempo presente.

El mundo, hoy como siempre, merece risa, es un semillero de epigramas y un album de caricaturas.

Pero ¿cantaré la ventura del pasado? ¡El pasado! Edad de la que tenemos el derecho de creer ó dudar hasta el confin de las esferas y sus alrededores.

¡El pasado! cuento escrito en idioma ininteligible.

¿Hemos de admirarle por esa cualidad?

¿Qué tiempos aquellos!... ventura, placer, *inocencia*...

¡Buena cuenta y buen provecho para nuestra abuelita!

Hoy, según los defensores de lo pasado, todo es falsedad, crimen, absurdo, suicidio, bacanal, folletines de *La Correspondencia*, estrignina y arsénico nacional.

La maldad es fruto que ha estado aguardando para madurar á que llegue el siglo XIX.

El diluvio universal ha ocurrido el mes pasado.

El primer pecador fué algún Adán cesante de lo terías.

El primer asesino fué un guardia urbano que hizo estallar á un perro con una suculenta longaniza.

Comparad esta época con la venturosa de nuestros antepasados.

Un duro valía mil reales,

Los poetas morían de indigestión,

Los obreros de apoplejía,

Las niñas amaban sin segunda intención,

Los pollos eran reverentes,

Los prestamistas regalaban pavos en Noche-buena á sus *afiliados*,

Las suegras hacían calcetas para los yernos,

Y los matrimonios no se escamaban.

¡Oh! ¡Dichosa edad!...

LO QUE ABUNDA EN LA FERIA DE MADRID



—¿Son buenos los melocotones?
—¿Estos? ¡Ni la virgen del Pilar!



—Me parece caro.
—¿Caro y lleva Vd. una alhaja?



—¡A real libros, á real!
—Yo me llevo esto. ¡Con que déme Vd. el real.



—¡Aprisa, papá, aprisa!
—Pues señor, no veo la ventaja de comprar un caballo...



—Corramos, que va á salir el tren.
—Yo rabio por enseñar en el pueblo lo que hemos comprado en la feria.



—¡Oh, tío mio! Tú que fuiste primer perrero de Carlos IV, ¿qué dirías si levantaras la cabeza?

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

CAPITULO VI.

De cómo Manguela entiende el honor.

Pacholí había ya contado á Manguela lo que sabia acerca del Sr. de Pachon; le explicó cómo le había visto la primera vez al salir de casa de su novia, y lo que esta y su padre habían dicho de él.

—Pues por ese relato no venimos en conocimiento de lo que ese hombre pueda ser.

—No hay remedio, á todo trance es preciso que le abordemos.

—¿Y cómo?

—Con valor.

—Eso se dice bien.

—Vamos á cuentas. ¿Tú eres valiente, Manguela?

—Segun lo que entiendas por ser valiente.

—Valiente es todo hombre que sabe arrostrar los peligros.

—Entonces yo soy un Cid; nadie arrostra los peligros con más valor. Mándame sacar dinero de donde quiera que lo haya, y verás si soy un héroe.

—Aquí no se trata de dinero, sino de arriesgar gratis la vida.

—Entonces soy un cobarde.

—El Sr. de Pachon nos amenazó con un revolver; yo creo, sin embargo, que si hubiéramos insistido en pedirle explicacion, no hubiera hecho fuego contra nosotros.

—Eso te figuras tú, pero yo no.

—Ello es preciso que tengamos una explicacion con él. Yo no me las he echado nunca de valiente; pero me irritan la presencia de ese hombre, su curiosidad y su risita burlona, hasta el extremo de no titubear en batirme con él.

—Déjame que te mire despacio... ¡Batirte con él? Chico, á mis ojos te elevas á la altura de ese monte que se ve desde estas ventanas. Así me gustan los hombres. Al fin nos entenderemos y todo se explicará. Si tú estás resuelto á batirte, yo no tengo inconveniente en ir de tu parte á pedirle una explicacion, y si no la da, juro á Dios por mi nombre que se ha de acordar... de tí.

—Pues manos á la obra.

—Ahora mismo voy á buscarlo. Pero, Pacholí, por Cristo te ruego que no te vuelvas atrás, que conserves esa serenidad que ahora me infunde tanto aliento; que no retrocedas, porque entonces yo seré el que pague el pato.

—Cuenta conmigo; ese hombre me carga, y además tengo acá una sospecha...

—Espícate.

—Ese hombre debe ser mi rival; me lo dice mi corazon.

—Tu corazon suele decirte muchas tonterías, amigo mio.

—Esta vez no me engaña.

—Pues adelante con los faroles... pero ¡calla! ¿no es aquel el Sr. de Pachon? ¿Aquel que pasea debajo de aquellos árboles con un libro abierto?

—¡Sí, él es!

—Espérame aquí. Voy á trastearlo.

Manguela se separó de Pacholí, dejándole á la ventana, y bajó con objeto de hablar al Sr. de Pachon.

Este caballero paseaba distraido con un libro en la mano y sin hacer caso de los que pasaban á su alrededor. Manguela pasó por delante y le saludó, sin que el otro se apercebiera.

Por fin se le acercó diciendo:

—Caballero!

Y le hizo una profunda reverencia.

Paróse el Sr. de Pachon, le miró atentamente, y despues de hacer una ligera inclinacion de cabeza, se disponia á seguir su paseo.

—Caballero, volvió á decir Manguela, desearia hablar con Vd. una palabra.

—Diga Vd.

Y Manguela se detuvo un instante como buscando la mejor manera de empezar.

—Es el caso... dijo al cabo de un rato.

—Ya ha hablado Vd. más de una palabra. Abur, contestó Pachon echando á andar.

—No sea Vd. tan vivo de genio, hombre, que no me lo voy á comer.

—¿Comerme Vd. á mí? Facilito es eso. Yo si que, si abro la boca, me lo trago á Vd. vivo. ¡Aáamh!

—Mire Vd., nadie se come á nadie. Y vamos á ver, ¿por qué me había Vd. de comer vivo? Si por casualidad, lo que Dios no permita, me metiera Vd. vivo en su estómago, se quedaba Vd. sin tripas, hombre. ¡Y que el niño es corto de genio!

—Acabemos, ¿qué se le ofrece á Vd.?

—Empecemos, digo yo. Quiero hablar con Vd.

—¿Sabe Vd. quién soy?

—Espero que Vd. me lo diga.

—Y si Vd. no sabe quién soy, ¿por qué quiere usted hablar conmigo?

—Si Vd. no me deja hablar, mal lo podré decir.

—¡Pues acabe Vd.!

—Pues empiece Vd., debe Vd. decir.

—Ya le escucho.

—Es el caso, como dije al principio, que yo tengo un amigo.

—Bonito amigo.

—Bonito no es, porque tiene la cara un poco... pero es buen chico, honrado y leal; nunca me ha negado un duro.

—Yo se lo hubiera negado á Vd.

—Por eso no se lo he pedido nunca.

—Adelante.

—Pues mi amigo se llama Pacholí.

—¡Pacholí!... ¡Pacholí!... Con que Pacholí, ¿eh?

Y el Sr. de Pachon miraba á Manguela con ojos desencajados. Este no pudo por ménos de pensar que el nombre de su amigo había puesto furioso á aquel individuo.

—¿Le incomoda á Vd. que se llame Pacholí?

—¡No señor!

—Entonces no comprendo...

—Ni le hace á Vd. falta... Pacholí... Pacholí... ¡Yo me tengo que oler á ese hombre hasta verlo desaparecer!

—No crea Vd. que porque se llame Pacholí huela mi amigo de distinto modo que cualquier otro hombre.

—A mí me huele muy mal.

—Eso es precisamente de lo que quiero hablar á usted. Vamos á ver, Sr. de Pachon, ¿qué busca Vd. con esperar por las mañanas al pobre Pacholí para mirarle y marcharse luego sonriendo con malicia?

—¡Ah! ¿Con que él ha notado que yo me rio con malicia?

—¡Pues no lo ha de notar! ¡Ni aunque fuera ciego!

—Pues si lo ha notado, mejor.

—¿Y por qué lo mira Vd.?

—Porque tengo ojos.

—¿Y por qué tiene Vd. ojos?

—Por lo que á Vd. no le importa, señor de... ¿cuál es su gracia?

—La de vivir sobre el país.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

La buena fe era su diosa... ¡Diosa que reposaba sobre nubes de chocolate!

Y entre un polvo de rapé cucarachero, y un estornudo coreado con el obligatto... ¡Dios le ayude! se pasaba aquella existencia de casacas bordadas, autos de fé y virtuosas acciones de la gente absoluta.

Conozco un cesante ex-gastrónomo que siempre pasa por la fonda de Lardy con una fiereza de Annibal.

—¡Mira que cabeza de jabali! le dije un día.

—¡No lo gasto! repuso con un gesto de soberano desden chupando una horrible colilla.

—¡Ah! cuitado... ¡te veo!

Como este individuo son esos apóstoles de ayer, que se pasean con insolente desprecio entre los hechos de hoy.

¡Ah! ¡Son viejos!... ¡Inválidos de la idea, para cuyo estómago de momia es muy fuerte el manjar del siglo!

Alimentados con mimo; leed en sus frugales comedas un parrafito del padre Sanchez ó un apólogo del baron de Andilla, y luego renegad en coro.

Ellos declaman y patalean contra los adelantos, v. g.: Hacen la cruz á una locomotora.

Y viajan en primera siendo el grano de sus vecinos, sin respeto á la tradicion de la mula andariega y las jornditas cortas.

Y bufan contra lo que proporciona una sibarítica comodidad á su cuerpo pecador.

Si el espíritu de las leyes no estuviera falseado, se añadiría una nota á las tarifas de ferro-carriles.

Nota. Esos caballeros pagarán doble asiento.

Por lo demás, nadie crea más que ellos.

Nadie, como ellos, posee la verdad.

Ellos son los buenos.

Ellos, que van á quedar sobre la tierra como la muestra de las pasadas generaciones.

Ellos, que solo son los que piensan.

La luz de la sociedad les ofende.

Por eso gastan gafas verdes.

Así, á través de sus vidrios, ven el mundo del color de la esperanza y recuerdan su pan de cada día.

No los habéis en razon: son sordos.

No hagais esperiencias ante sus ojos: se encogen de hombros.

La intransigencia es su lógica; el gruñido su amenaza.

Su aspecto es manso, encogido y nervioso como el de la hiena.

Sus ojos no miran más que para lanzar rayos de odio.

¡Pobres inválidos! Hagamos con ellos lo que con los malos actores:—¡Silbemos!

El doctor Sangredo.

CABOS SUELTOS

En un periódico de provincias leemos una composicion que principia así:

Siento en el alma inestinguible peso, tengo en la mente inestinguible venda

Lo de peso inestinguible ya es duro, pero lo de la venda!... y sigue la composicion:

y nada alcanzo á descifrar, por eso no extraño, no, que nadie me comprenda.

Yo lo creo, no es fácil. Basta de matemáticas.

En la provincia de Salamanca ha muerto un médico de 105 años, y llevaba 80 de práctica médica.

¡Dios le haya perdonado!

—Solo envidia, si reparas, las muchas barbas D. Juan. —Es lógico tal afan en hombres de muchas caras.

Hablando un periódico en son de burla, por supuesto, de no recuerdo qué teatro, descerraja el chiste siguiente:

«El empresario dice, y dice muy bien, yo pongo la compañía, yo pongo la orquesta, yo ilumino el teatro, yo lo hago todo y lo pongo todo, y vosotros no haceis más que poner el dinero.»

Pero hombre, ¡por Dios! queria Vd. que el empresario nos divirtiera de valde. Eso es pedir gollerías.

Por lo demás, ese razonamiento, lo mismo puede aplicarse á los teatros que á una industria cualquiera.

El zapatero pone la tienda, y la suela, y el cuero, y la anaquelaría, y el mostrador: el parroquiano pone el dinero. Pues si así no fuese, ¿habria comercio? A qué boberias conduce la precision de escribir un chiste.

Quando Reynaldo te calza envidia tengo á Reynaldo, y siento pena y envidia cuando le mandas los cuartos.

Asegura nuestro colega La España, que el público del teatro de la Zarzuela es el que dá el tono en la moda de los espectáculos: esta afirmacion no me parece muy galante.

Sabemos que los espectadores aficionados á asistir á otros teatros están redactando una epístola dando las gracias al periódico moderado.

Es muy duro esto de no poder uno ir á distraerse donde mejor le parezca.

Serenata manchega.

Óyeme, niña hermosa, morena, oye á un manchego que pena por tus amores. Y si quieres que cante con más fatigas, á escucharme á la reja, sal, vida mia. Porque preso me tienen esos ojuelos que abrasan más que el mismo pisto manchego. No temas que te olvide, ¡mira, morena, que mi amor es legitimo... de Valdepeñas!

Una pregunta. ¿Podremos saber cuándo se pondrán á la venta los sellos de cinco milésimas? Los editores tienen detenidos sus envíos y dicen que esta tardanza les causa grandes perjuicios.

En el Imperial cenamos y me dejaste en seguida, tú te comiste el bisftek, yo me comí la partida.

Hace un discurso Cafete, cae del trapecio un gimnasta, y ni novia me despiden... ¡buena ha sido la semana!

Ya salió el Almanaque de los chistes, y luego saldrá el Almanaque de la risa, y más tarde el Almanaque de la carcajada, y quizá despues el Almanaque de las risotadas.

Estos almanaques suelen, con corta diferencia, ser todos los años iguales. Chistes que salieron ayer, que salen hoy y que saldrán mañana, tomados de todas partes y llamados nuevos con singular aplomo.

El Almanaque de los chistes, sin embargo, se distingue por lo malito. Empieza por equivocar los primeros dias del año, y hace luego un juicio del mismo en versos que ni aun obedecen á la ley del consonante. Esto debe ser nuevo. Lo más gracioso es que el confeccionador de este almanaque manifiesta al final dudas de si gustará ó no al público.

Que abrigara estas dudas por lo suyo, lo comprendo; pero por lo que copia, no veo la razon.

Tambien es gracioso poner en la portada los nombres de Victor Hugo y Principe, como redactores del almanaque.

Esto es lo mismo que si mañana Cúchares, en un apuro, me quitase la capa para trastear un toro, y dijese luego un periódico que yo habia toreado con aplauso general.

Preguntáronle á una cocotte de Paris su opinion sobre los extranjerics que han ido á la Exposicion universal.

—¡Mi opinion? La espresaré con la lista de la comida:

- El español, sopa de tortuga; El inglés, pavo, pero con plumas; El turco, almeja; El aleman, manteca; El ruso, pato; El americano, pescado á la mayonesa; El belga, flan. Y el portugués, jalea.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—Camila.

CHARADA

Pura mi voz antes era y en conciertos musicales dió la segunda y tercera: son consonantes primera y cuarta, aunque desiguales: de esta á la segunda unida, color segunda y primera, de Bayona á mi salida compré por dejar servida á una mujer hechicera; y si en un puerto de mar que yo he visto y recorrido logra poderle mojar, allí verá trabajar al todo negro y curtido.

(La solucion en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO

Se imprimen toda clase de obras y periódicos, y tambien se reciben formas para tirar solamente.

GRAN BAZAR DE CALZADO

Montera, núm. 2.

ESTACION DE INVIERNO.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lebo, número 10, se glassa toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc., etc.

ESCUELA DE COMERCIO

Relatores, 13, 2.º

Clases especiales de teneduría de libros por partida doble, por un nuevo método, aritmética mercantil y lenguas.—2

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1868

GRATIS para los suscritores de este periódico y para los que se suscriban de nuevo, haciéndolo lo ménos por tres meses. Saldrá á luz en el mes de octubre.—Precio en toda España: 4 rs.

GALERÍA HUMORÍSTICA

Coleccion de novelas festivas por RIVERA y BLASCO, autores, editores y servidores de ustedes.

El dinero que el público dé por estas novelas no se quedará entre bastidores, llegará á nosotros despues de pagar los gastos, porque hemos resuelto suprimir un enemigo.—el editor.

La GALERÍA HUMORÍSTICA publicará obras para hacer reir, sin faltar á la moral ni á los buenos principios, y se venderá en todas las librerías del reino y puntos de venta de GIL BLAS á 4 rs. el tomo, y 3 para los suscritores de GIL BLAS, en la Administración.

Las primeras obras serán:

- DEL SUIZO Á LA SUIZA, por Eusebio Blasco. 4 vol. 4 reales.
AVENTURAS DE UN RECIEN CASADO Y AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO, por Luis Rivera. 4 vol. 4 »
LOS TRES MOSQUITEROS, por Blasco. 4 vol. 4 »
LA SEÑORITA TRAPISONDA (memorias de una joven del bajo mundo), por Rivera. 4 vol. 4 »

Próximamente se pondrá á la venta el primer tomo.

Los pedidos á la Administración de GIL BLAS, Huertas, 40, Madrid.

PELUQUERÍA DE SISÍ

Príncipe, 5.

Los salones de este acreditado establecimiento han sido reformados y pintados de nuevo, de una manera elegante y confortable. Hay máquina de un sistema nuevo para limpiar la cabeza, á real. Cada parroquiano tiene su servicio de peines, brochas y paños, lo cual

constituye el primer aseo de esta clase de establecimientos. Tanto por esto como por la amabilidad de los dependientes, la peluquería de Sisí es acreedora al favor que la dispensa el público.—2

Correspondencia de GIL BLAS.

- D. J. P. (Bilbao).—En paz.
D. P. R. (Tafalla).—Envía Vd. 43 rs. y medio, y el trimestre son 15. ¡Ojo!
D. M. P. M. (Valladolid).—Y Vd. envía 41 rs.; de modo que hasta 45 nos debe 4. ¡Más ojo!
D. C. C. R. (Ciudad-Real).—Le seguiremos remitiendo 7 ejemplares, por nuestra cuenta. Liquide Vd. siempre á fin de mes.
D. F. de P. A. (Sevilla).—Como se pide.
D. J. Ll. (Amusco).—Queda Vd. suscrito hasta el 31 de diciembre.
D. A. P. y F. (Sevilla).—Ya está.
D. A. T. (Almagro).—Servido.
D. M. G. (Quintanar).—Servimos los números con puntualidad, ya lo sabe Vd. ¿Y qué hemos de hacer?
D. A. M. O. (Sevilla).—La carta á que se refiere con los sellos no se ha recibido. Hoy se le pone, sin embargo, la renovacion. Certifíquese Vd.
Librería D. (Bilbao).—Queda Vd. servido. Los Almanques los encargará Vd. con arreglo á las condiciones de las circulares que recibirá.
D. R. O. (Cartagena).—Recibidos los 32 rs.
Librería de M. (Málaga).—Quedan hechas las renovaciones.
D. V. F. (Santander).—Queda hecho.
D. E. A. (Segovia).—Ya está.
D. M. M. (Zamora).—Id.
D. M. R. (Fuensalida).—Efectivamente, su suscripcion termina en fin de octubre. Tiene Vd. abonado hasta fin de enero próximo.
D. J. G. N. (Guadalajara).—Muy bien.
D. P. S. A. (Madrid).—Veremos.
D. D. B. (Ternel).—Queda hecho.
D. J. D. (Oviedo).—Saldado.
D. E. de R. (Luiñana).—Ya ve Vd. como se le sirve.
Librería de F. (Sevilla).—Muy bien.
D. S. R. A. (Burgos).—Se le servirá lo que pide.
D. M. de B. (Santander).—Se equivoca Vd., terminó en Agosto.
D. F. Q. y D. (Porcuna).—Queda Vd. suscrito.
D. A. B. (San Sebastian).—Hechas las renovaciones.
Librería de H. de R. (Valladolid).—Muy bien.
D. L. B. (Bayonne).—Desde hoy van los 5 números.